SANDRIUM

Sebastián Panatt

AUREA
EDICIONES

© Sandrium.
Colección: Ciencia Ficción Chilena
Sello: Soyuz
Primera edición: Abril 2021

© Sebastián Panatt

Edición general: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: José Canales
Mapa: Chris Fattori
Corrección de textos: Felipe Uribe
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



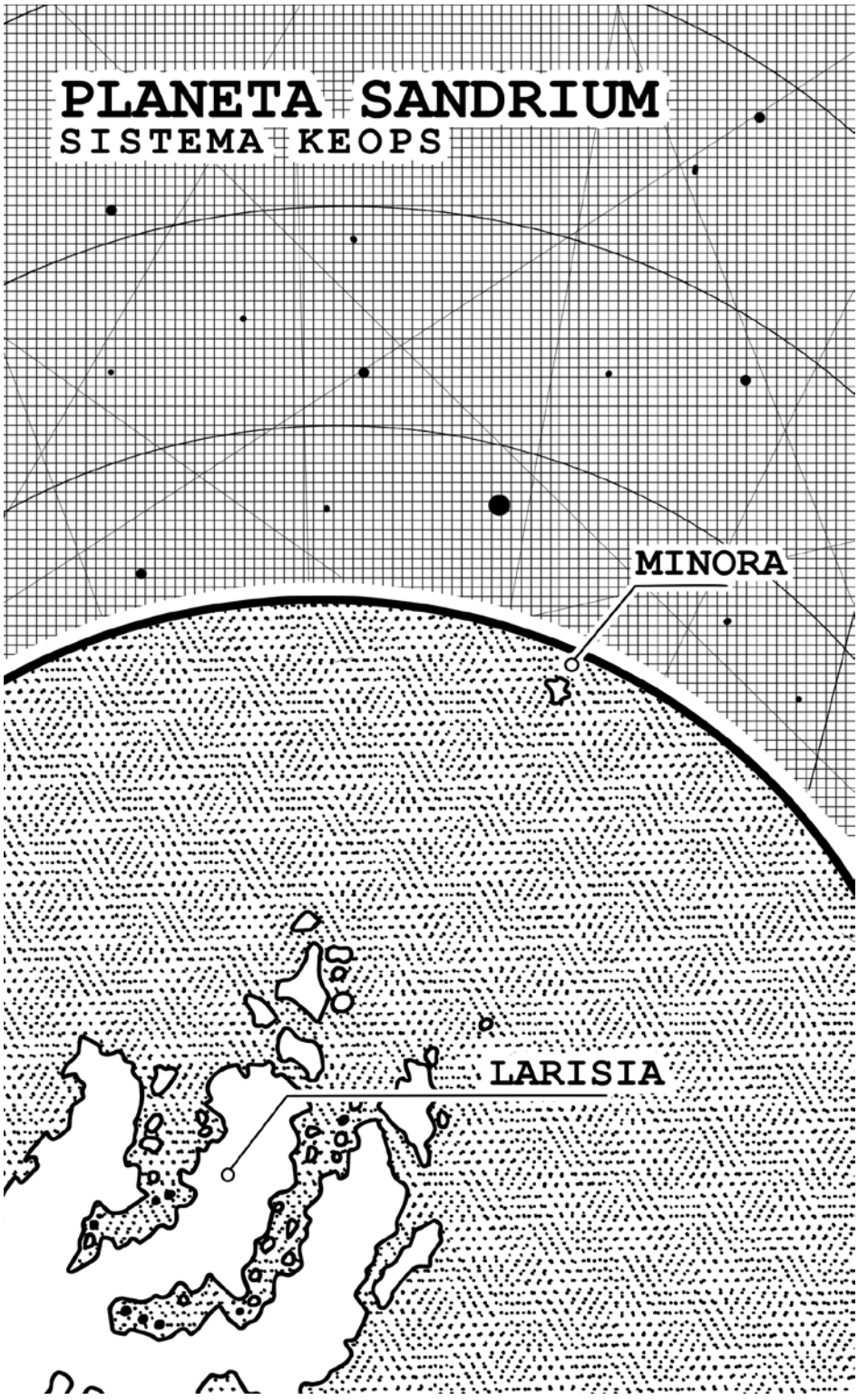
© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
@aureaediciones1
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

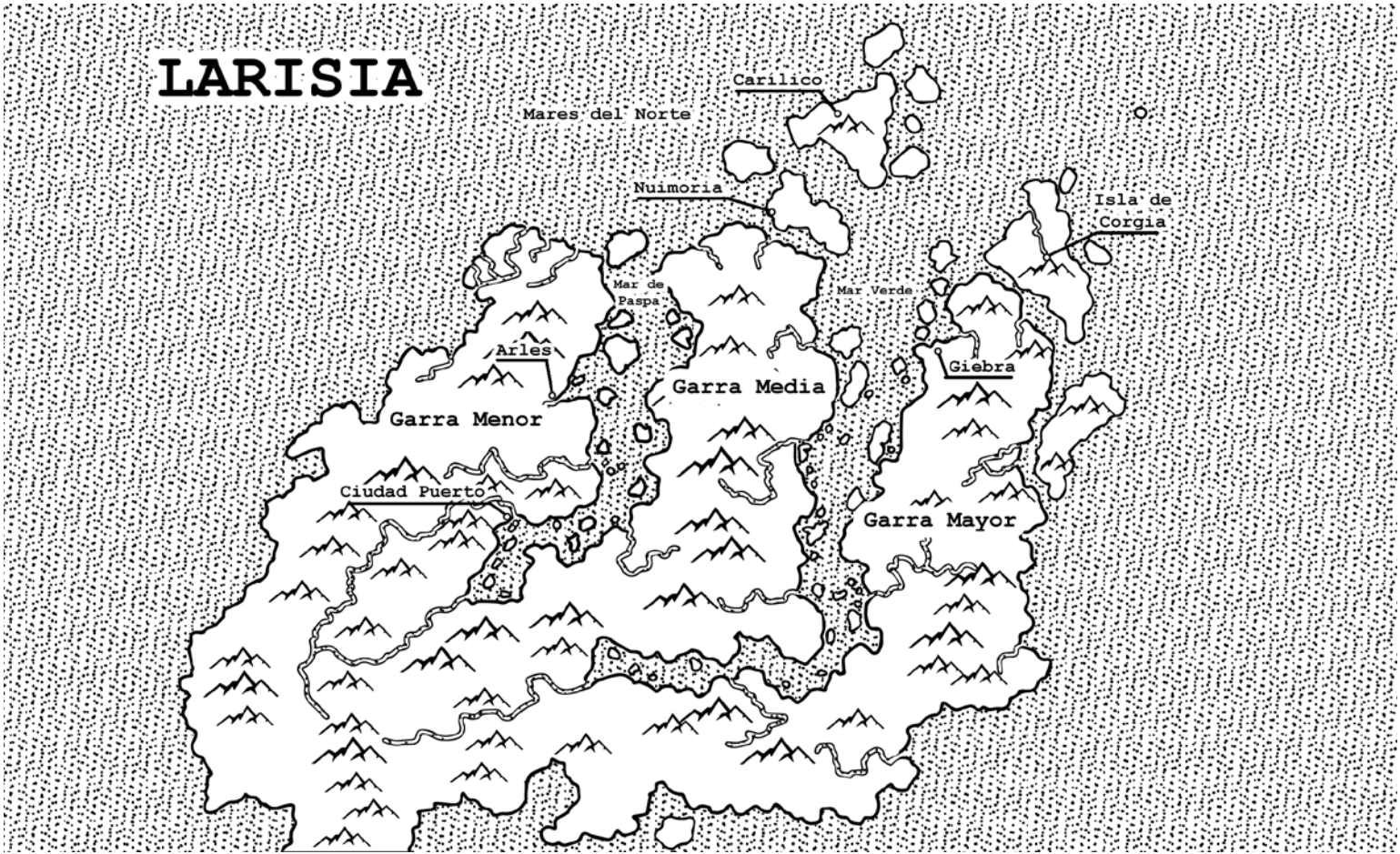
ISBN: 978-956-6021-62-9
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2021-A-1141
Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Dedicado a mi padre y madre. Este libro es fruto de su trabajo y esfuerzo.

Entre las alarmadas ciudades de Ausonia la Fama hace saber que los tempestuosos montes cuyas rocas desafían al cielo han sido subyugados, que los cartagineses han atravesado aquellos parajes infranqueables y que su general, orgulloso de una hazaña émula de los trabajos de Hércules, ha descendido hasta el llano.

Silio Itálico,
Punica, 4. 1-5.


PLANETA SANDRIUM
SISTEMA KEOPS
MINORA
LARISIA


LARISIA
Carilico
Mares del Norte
Nuimoria
Isla de Corgia
Mar de Paspa
Mar Verde
Arles
Giebra
Garra Media
Garra Menor
Ciudad Puerto
Garra Mayor

Prólogo

Acrium, planeta Sandrium, Sistema de Keops, Vía Láctea. Año 2.616.

El juez de distrito Stamos Pevers se acomodó en la butaca cóncava de su *Classic Air 500.* El automóvil era ovalado tanto por fuera como por dentro, su suelo estaba cubierto por una mullida alfombra y su techo era de vidrio polarizado indestructible. Lo conducía la inteligencia artificial que estaba a cargo de todos los dispositivos del juez. Mientras se acomodaba la corbata y se peinaba el bigote y la cabellera castaña engominada hacia atrás, Stamos se lamentaba. Pronto iba a cumplir un año en aquel basural de Acrium, la colonia creada en el pequeño continente de Minora por la Federación de las Naciones Humanas para poblar y explotar el planeta.

Sandrium había sido, junto a Indocrium, uno de los últimos planetas en ser añadidos a la Federación. Poco más de cien años después del descubrimiento del sistema, se había iniciado la colonización, y desde entonces la Federación había tenido que hacer esfuerzos monumentales —dentro de los cuales se encontraba pagar el salario de gente como Stamos— para hacer que el estado federal tuviese la presencia mínima necesaria, a fin de aparentar que el sistema se encontraba bajo su control.

Los viajes entre sistemas no eran económicos y, por tanto, escasos. Desde el Sistema Solar salían de forma anual estaciones interestelares hacia los demás sistemas a los que la especia humana se había expandido. La única forma de comunicación entre sistemas era el envío de correos «a la antigua», como se solía decir, esto es, por medio de aquellas estaciones interestelares —solo seis para toda la Federación—, las cuales eran capaces de generar alteraciones gravitacionales a su alrededor para doblegar el espacio y viajar a una distancia de hasta trescientos años luz en un parpadeo. Debido a estas dificultades en el sistema de comunicación, la Federación de las Naciones Humanas consistía en una entidad política, a lo menos, inestable.

Stamos, como hombre de leyes, no entendía mucho sobre el funcionamiento de esas estaciones que se teletransporta-

ban, pero de todas formas había procurado interiorizarse un poco en el proceso antes de viajar desde la Tierra. Las estaciones interestelares eran capaces de emitir potentes ondas gravitacionales hacia las estrellas, las cuales interactuaban con sus puntos de equilibrio dinámico, de modo que rebotaban hacia las estaciones cargadas de la energía producida por la fusión estelar y les daban la potencia necesaria para generar una alteración gravitacional a su alrededor, la que les permitía doblegar el espacio y aparecer en otro punto de este. Stamos jamás había visto un reactor nuclear, pero estaba seguro de que los diez que tenían este tipo de estaciones para generar las alteraciones gravitacionales debían de ser colosales.

Su travesía había comenzado hace poco más de un año, cuando abordó un transbordador espacial que lo llevó desde la Tierra hasta la Luna, donde se encontraba el segundo puerto espacial más grande del Sistema Solar, solo detrás del de Marte. Ahí había permanecido doce días esperando la salida de un nuevo transbordador que lo encaminara a la estación interestelar Everest, la cual se encontraba a doscientos setenta millones de kilómetros de distancia del Sol. Su segundo viaje en transbordador duró otros cinco días más; Stamos aún recordaba cómo se había asombrado al ver por la ventanilla de uno de los corredores del transbordador, flotando en el espacio, la imponente superestructura blanca de la estación interestelar Everest, que estiraba los brazos que se alargaban por kilómetros en todas direcciones. En ellos había campos atmosféricos con parques, pequeños bosques —Stamos incluso alcanzó a divisar un lago— y comunidades humanas. Ahí había comenzado una nueva etapa de su viaje, ya que en la Everest debió esperar cerca de un mes la llegada de otros transbordadores provenientes de la Tierra y otros puntos del Sistema Solar. El viaje hacia el Sistema de Keops se hacía una vez al año, y se llevaba no solo a personal e instrucciones clave para la administración federal, sino que también insumos básicos que allá no se producían, así como máquinas y material de construcción, e incluso a colonos, por lo que resultaba vital planificar las operaciones con absoluto cuidado.

La teletransportación que había estado esperando Stamos fue algo bastante decepcionante: ni siquiera la había percibi-

do. Primero una serie de instrucciones del capitán a través de los altavoces, con los pasajeros en sus puestos de cabina en las entrañas de la estación, donde no había forma de ver el espacio exterior, y, luego de varios minutos de espera, un nuevo aviso del capitán anunciando el funcionamiento exitoso de las antenas de alteración gravitacional y la aparición de la estación en un punto del Sistema de Keops, a doscientos dos millones de kilómetros de distancia del planeta Sandrium. Un nuevo transbordador que salía de la Everest llevaría al decepcionado Stamos a Sandrium junto a dos pilotos y otros seis tripulantes, de los cuales cuatro eran militares y dos, civiles, todos de pocas palabras. Esa etapa final del viaje duró cuatro días, culminando con el aterrizaje del pequeño transbordador en medio de una poderosa tormenta en el precario puerto espacial de Minora. Así había comenzado Stamos su nueva vida en ese nuevo planeta, pálido a causa del miedo producido por la fuerte turbulencia que los había acompañado desde que penetraron en su atmósfera. Le habían dicho, por otra parte, que a medida que uno viajaba hacia el sur el clima se iba poniendo cada vez peor, en virtud de las poderosas tormentas nucleares.

El automóvil, que volaba a poco más de un metro de altura, se detuvo con suavidad.

—Hemos llegado, señor —dijo la voz de la inteligencia artificial.

Stamos suspiró mientras abría la puerta a la vez que el automóvil descendía hasta quedar a solo unos centímetros del suelo. Un nuevo día más en su estancada carrera como servidor público. Cuando aceptó el trabajo pensó que la experiencia como juez distrital de un planeta nuevo de la Federación, a lo que se le sumaba un suculento salario, lo llevaría a impulsar su carrera, porque en lugares como Acrium faltaba gente capacitada como él: un terrícola que había estudiado ni más ni menos que en la milenaria Universidad de Oxford. Poco había tardado en darse cuenta de que sus títulos no valían nada en un lugar en que nadie sabía ni le interesaba qué era Oxford, y que lo que ahí pesaba eran los contactos, el dinero y el matonaje. Al menos así lo veía él.

El edificio del Departamento de Justicia, con sus más de cien pisos, se contaba entre los más altos de Acrium. Se trataba de una mole de fierro, concreto y vidrios polarizados que

se alzaba en el centro de la ciudad, en la Avenida Vorten, que ahora Stamos tenía a sus espaldas. Cada una de sus vías, una sobre la otra, estaba indicada por un fino cable de neón de un color distinto; los cables se perdían entre los numerosos edificios y esquinas. Los automóviles volaban solapándose y siguiendo las líneas de neón de forma ordenada.

Había mucha circulación peatonal en la vereda, por lo que Stamos aferró su anticuado maletín, al más puro estilo terrícola, con la mano derecha y cruzó, teniendo que esquivar a unas cuantas personas. Mientras subía la escalinata que daba al vestíbulo del edificio, una gota de agua cayó sobre la chaqueta que protegía su traje, lo que hizo a Stamos mirar hacia el cielo. El cielo gris, siempre nublado, típico de Minora… Apuró los últimos peldaños para evitar el aguacero que se inició solo unos segundos después.

El trayecto hasta su despacho, ubicado en el piso 32, lo recorrió sin apuro, tratando de disfrutar cada segundo que le quedaba antes de que las puertas del enorme ascensor se abrieran y lo recibiera su asistente Óscar, siempre con su proyector de hologramas entre los brazos:

—Señor, lo primero: debo advertirle que el teniente Spagniel ha venido a verlo. Lo hice esperar fuera de su oficina.

—¿Otra vez ese idiota? ¿Qué quiere? —respondió Stamos en su estudiado español, producto de la asignaturas que cursó en Oxford, aunque a nadie le importara.

—Lo mismo de siempre, señor. Está aquí por los reclusos que se le prometieron.

Maldita sea, pensó Stamos. No hallaba cómo quitarse de encima a ese pertinaz teniente.

—¿Le explicaste que gano comisiones por multas y fianzas?

—Una y otra vez, señor, pero no parece importarle. Insiste en la urgencia de cumplir con el decreto federal —explicó Óscar, mientras caminaban.

Cuando llegaron a la oficina de Stamos, ubicada en la cara sur del edificio, la cual daba hacia el mar, se encontraron al teniente Spagniel de pie, rígido, aunque había tres sillones color rojo vacíos junto a la ventana que antecedía a la entrada al despacho.

—Teniente Spagniel… —saludó Stamos, apenas prestándole atención para dirigirse a la entrada de su despacho,

donde acercó el rostro al lector que había junto a la puerta de plasma, la cual se desintegró en menos de un segundo—. Teniente Spagniel —dijo entonces—, después de usted.

—Gracias, juez.

Una vez que estuvieron dentro, Óscar se encargó de llenar dos tazas de café que depositó en el escritorio de Stamos. Detrás del juez, que ahora se acomodaba en su silla de cuero, había un ventanal que daba al tormentoso océano. Kilómetros y kilómetros de ese mar salvaje. La bruma y las lejanas nubes grises no dejaban distinguir el horizonte.

—Juez, me imagino que sabrá por qué estoy aquí… —comenzó el teniente Spagniel cuando se hubo sentado frente al juez. Era un hombre alto, de piel morena y corte al rape, vestido con un traje azul marino que tenía tres estrellas de oro bordadas a la altura de cada hombro.

—Sus reclusos —confirmó Stamos.

—Así es, juez. Ya van dos meses desde que se promulgó el decreto federal y el general Ashford ha recibido menos de cien, una cifra que nos decepciona, por decir lo menos. Nos fueron prometidos más de dos mil reclusos. ¿Dónde está el resto?

—Teniente Spagniel, me imagino que usted no es de por aquí, ¿cierto? Bien, yo tampoco —dijo Stamos, al ver que el teniente asentía con la cabeza—. ¿Cuántos habitantes cree que tiene Acrium?... Menos de doscientos mil. La fuerza policial no supera los mil efectivos. Ahora, dígame: ¿de dónde quiere que le consiga a dos mil reclusos en dos meses? Eso implicaría entregarle a toda persona que fuese detenida. ¿No cree que en la ciudad comenzarían a darse cuenta de que falta gente? Reaccionarían muy mal.

—Las obras en el puerto espacial de Larisia están atrasadas, muy atrasadas —enfatizó el teniente—… Yo tampoco tengo que explicarle lo comprometido que está el gobierno local, así como altas autoridades federales, incluyendo a mi general, que se están jugando el puesto. Incluso usted podría llegar a verse perjudicado.

—¿Me está amenazando, teniente?

—Solo quería dejar en claro lo mucho que hay en juego.

—¿Por qué tanto?

—Larisia es rica en sandrino, el mineral que le da el nombre al planeta. Se trata de un material que tiene mayor den-

sidad energética, que es más estable y limpio que cualquier otro elemento radioactivo que conozcamos y que se espera que dentro de los próximos cincuenta años esté siendo utilizado en el setenta por ciento de nuestros reactores nucleares. Por ahora solo se utiliza en un ocho por ciento. ¿Entiende por qué este puerto es tan importante? —Stamos no respondió. Estaba perplejo, manejaba muy poca información sobre Sandrium y el papel que jugaba dentro de la Federación de las Naciones Humanas—. Como le digo —retomó el teniente, mientras Óscar escribía en su pequeña proyección holográfica: una *hoja de notas*, como se solía llamar a eso—. El mar que nos separa de Larisia es demasiado duro, y la forma más rápida de llegar es por aire, pero para eso se necesitan naves que sean capaces de aguantar las tormentas nucleares. El puerto, yo lo he visto, es gigante, quizás sea más grande que toda Acrium.

Stamos se estaba dejando impresionar por lo que le contaba el teniente. Aun así, no podía dejar pasar el detalle del dinero. Era lo único que hacía que su estadía en ese planeta fuera soportable.

—Teniente, la situación me compromete. Gran parte de mi sueldo corresponde a comisiones por las ganancias que percibe el estado por caso tratado. Si comienzo a entregarle a los reclusos a los que antes iba a cobrar multas o fianzas para salir de prisión, dejaré de recibir mucho dinero.

—Juez, yo no vengo a negociar —respondió el teniente—. Vengo en representación de una autoridad federal que le está exigiendo que cumpla con el decreto, por el bien de la Federación y en especial de Sandrium, por si no lo ha captado. De todas formas, entiendo sus argumentos. No le exigiré la estupidez de que transfiera a nuestra jurisdicción a todos los reclusos a los que juzga, pero tiene que comenzar a haber un flujo constante desde hoy. ¿Entendido?

—Maldita sea —dijo Stamos—. ¿También está presionando a los demás jueces con estas incómodas visitas?

—Solo a usted.

—¿Por qué?

—El resto son minoranos, señor juez —respondió el teniente Spagniel.

—¿No están dispuestos a colaborar?

—Es más profundo que eso, señor juez. Usted no es de aquí, es el único que está limpio.

¿De qué mierda está hablando?, se preguntó Stamos. Siempre había sido de la opinión de que para ser parte del ejército había que estar loco en algún grado.

—¿Limpio de qué? —preguntó.

—No puedo entrar en detalles, pero sí puedo decirle que hay un sector de los minoranos, el más pudiente, que no ve con buenos ojos la construcción de un puerto espacial en Larisia. Ese continente es mucho más grande y rico que este, y, cuando el puerto esté listo y las naves de la Federación puedan aterrizar ahí, Minora pasará al olvido. No hay razones para seguir invirtiendo en este lugar, no al menos desde el punto de vista de la Federación.

—Entiendo —dijo Stamos.

—Un flujo constante, ¿estamos claros?

—Sí, teniente —respondió Stamos, apretando con fuerza la mandíbula.

—Bien, nos entendemos. Si cumple, me encargaré de hablar bien de usted a mis superiores, y de usted… —añadió el teniente, apuntando a Óscar, que ya comenzaba a imaginarse las posibilidades que se le abrirían con un cargo administrativo en la Federación: quizás incluso podría abandonar Sandrium y asentarse en algún sistema más acaudalado.

Acto seguido, el teniente Spagniel se levantó, estiró su traje y se dio media vuelta en dirección a la puerta de plasma polarizado, que se había regenerado. Óscar se apresuró a dirigirse al panel de control que había a un costado y tecleó una combinación de números, tras lo cual el plasma se desintegró.

—Caballeros —dijo una última vez el teniente Spagniel, a modo de despedida, y desapareció detrás del plasma, que se volvía a regenerar. Las tazas de café quedaron llenas.

Aspar tenía dieciocho años. De cabello castaño y desordenado, nariz alargada y figura delgada, por lo general lucía una sonrisa desafiante en el rostro. A pesar de ir vestido con un overol crema —evidencia de su primer paso por el sistema penitenciario— y llevar las manos atadas a la espalda con un cable de contención energética, que le quemaba las muñecas cada vez que trataba de acomodarse, Aspar se sentía con-

fiado. Recién había cumplido la mayoría de edad y no tenía antecedentes penales, por lo que con toda probabilidad sería liberado esa misma mañana con una fianza que su madre se vería obligada a pagar. Lo lamentaba mucho, pues sabía que su madre se esforzaba por mantener a los dos a flote, pero era una suma que, de seguro, podrían costear. Trabajaría turnos dobles en el taller de droides domésticos si era necesario.

La verdad, era una estupidez la forma en que había llegado a dar ahí, a esa amplia sala de muros blancos y suelo cubierto de una alfombra grisácea, con un rellano en el otro extremo en el que había un estrado y unos cuantos tipos. Lo habían arrestado por robarse una cajetilla de cigarros que pretendía compartir con Sidia, una chica que le gustaba. Una vez que lo liberaran, su madre le exigiría una buena excusa por haber pasado ni más ni menos que cuatro noches en el calabozo de un cuartel policial y por haber tenido que pagar, ella, una suma no menor de dinero para conseguir su libertad.

La fila de reclusos, con sus overoles color crema y las manos atadas a las espaldas, estaba avanzando. Eran custodiados por guardias equipados con trajes adherentes negros, armaduras del mismo color para el pecho, varas paralizantes al cinto y ametralladoras láser de cañón corto entre los brazos, y que avanzaban de un extremo a otro de la fila, listos para dar un culatazo o una descarga paralizante a la menor provocación. Cuando Aspar estuvo seguro de que ninguno de ellos lo miraba, alzó el cuello para ver cuándo sería su turno de enfrentar al juez. Pronto, se dijo a sí mismo, imaginando el momento en que, escoltado por un policía, fuese en busca de sus pertenencias personales y luego fuera retirado de la cárcel por su madre, quien lo regañaría y abrazaría a la vez. Así iba a acabar esa pesadilla en la que se habían convertido las últimas cuatro noches, habiendo tenido que dormir junto a criminales, a la espera de una maldita audiencia con el juez. Cigarros de mierda, pensó Aspar mientras esperaba. Había aprendido la lección, no más estupideces de ahí en adelante.

El momento se acercaba. Solo quedaba un recluso delante de Aspar esperando a que finalizara la audiencia que se estaba desarrollando. Ahora podía ver con perfecta claridad al juez, quien se hallaba sentado detrás de un estrado de madera y con su cabello castaño peinado hacia atrás y un bigote muy bien cuidado. No debía de tener más de treinta años,

calculó Aspar, que pudo percibir su aire de superioridad. A la derecha del juez, unos pasos más atrás, se encontraba un joven asistente vestido de traje gris y corbata burdeos, con cabello oscuro y crespo. Detrás de ambos se encontraban las banderas. La de Minora, dividida en dos grandes cuadros, uno blanco y el otro amarillo y con un escudo de armas que representaba un ancla, se encontraba a la derecha del juez; la de la Federación, azul y con una gran estrella dorada en el centro, flanqueada por dos ramas de laureles, se encontraba al otro lado. Unos cuantos pasos más adelante, un guardia del Departamento de Justicia con una vara paralizante entre sus manos protegía al magistrado y a su asistente.

—¡Lo sentencio a una multa de mil doscientos marcos federados…! —oyó Aspar dictaminar al juez. Era una suma considerable.

El juez dio término a la audiencia entre los reclamos del recluso, que era tomado del brazo por un guardia y obligado a avanzar a patadas hasta una puerta de plasma polarizado que se encontraba a la izquierda. Entonces el tipo que estaba delante de Aspar fue tomado del antebrazo por otro guardia, que lo hizo adelantarse unos cuantos pasos, hasta quedar frente al estrado. Ya no se encontraba tan seguro de su destino. ¿Y si le imponían una multa que su madre no podría pagar y tenía que pasar unos cuantos meses en la prisión federal, esperando a que juntara el dinero? La simple idea hizo que un escalofrío le recorriera la columna.

El juez y su asistente discutían. El asistente le susurraba de forma acalorada al juez en el oído, mientras que este movía la cabeza en gesto de negación, con la exasperación marcada en el rostro.

—Señor Lee, lo condeno a una multa de setecientos cincuenta marcos federados, los que deberá desembolsar al momento de hacer efectiva su liberación —escuchó decir Aspar, entre los reclamos del asistente. Me va a salir caro, pensó con angustia.

Entre las protestas del asistente del juez y la aceptación de los términos de forma gustosa por parte del recluso, un guardia se acercó a Aspar y lo tomó con firmeza del brazo derecho, a la vez que le apuntaba una vara paralizante al cuello. Aspar podía ver con el rabillo del ojo derecho la punta del arma, que se dividía en dos pequeñas antenas paralelas que

generaban chispas de electricidad entre ellas. Con una descarga en su máxima potencia podían freírte la cabeza hasta hacerte explotar los ojos, o al menos eso era lo que se decía.

—Avanza —dijo el guardia, a la vez que lo tironeaba. El otro recluso estaba siendo conducido hacia una puerta ubicada a la derecha del rellano donde estaba el estrado.

Ahora Aspar se hallaba a solo unos metros del estrado y, detrás de este, estaba el juez con un holograma tonalidad púrpura frente al rostro. Aunque veía las letras al revés, por la foto no le costó deducir que estaban proyectando una ficha de sus antecedentes, limpios hasta entonces.

El juez y su asistente retomaron la discusión. Aspar escuchaba lo que decían, pero no le hacía sentido. No conocía a ningún teniente Spagniel y no entendía qué podía tener que ver con su condena. Lo más probable era que estuviesen hablando de algún asunto que no se relacionaba con él. El nerviosismo hizo que dejara de prestar atención a lo que ambos decían.

—Señor Aspar Remus. —La voz del juez lo devolvió a la realidad—. Detenido por robo en propiedad privada habitada, con el agravante de que se resistió a las fuerzas policiales.

—Señor, fueron solo unos cigarrillos…

—¡Cállese! —exigió el juez—. Lo condeno a una multa de mil marcos federados, los cuales deberán ser desembolsados en un monto único al momento de tramitar su liberación. Dígame, señor Remus, ¿está en condiciones de pagar la multa hoy? Si ese es el caso, generaré los documentos para su liberación.

Aspar, boquiabierto, miraba al juez a los ojos. Mil marcos federados eran una cantidad desproporcionada con relación al delito que había cometido. Una caja de cigarrillos costaba a lo sumo dos marcos. No podía ser…

—¿Señor Remus? —insistió el juez.

Aspar iba a responder, pero una nueva discusión comenzó entre el juez y su asistente, que seguía insistiendo en el asunto del teniente Spagniel. Eso le dio tiempo para reflexionar. Mil marcos. Era mucho más de lo que ganaba en un año entero de trabajo en el taller de droides domésticos. Quizás si le pedía un adelanto a Jaz, el dueño del local... No. Mil marcos eran mucho dinero, y Jaz jamás le adelantaría tal cantidad. Pero si su madre aportaba con algo de dinero, entonces

podía pedir un adelanto de unos quinientos marcos o algo así. De una u otra forma, entre lograr comunicarse con Jaz y hacerlo con su madre, tendría que pasar al menos una noche más en prisión.

—Señor Remus —retomó el juez—, en vista de que no está en condiciones de pagar la multa impuesta, y en vista de que mi asistente está dispuesto a hacerme la vida imposible hoy, lo condeno a la deportación a Larisia, bajo el mando del teniente Spagniel, durante el tiempo que él o sus superiores estimen conveniente. Serán agentes federales los encargados de tramitar su liberación llegado el momento.

—¿Qué? —preguntó Aspar—. ¿Bajo qué leyes está haciendo esto?

—Bajo los poderes otorgados por un decreto federal, y eso es lo único que le contestaré, joven insolente —respondió el juez—. Le deseo suerte en Larisia. Retírenlo.

Aspar no podía creer lo que estaba sucediendo. Ese juez arrogante lo estaba condenando a la esclavitud o a algo peor. En ese momento el miedo y la inseguridad que sentía comenzaron a ser reemplazados por la rabia y la frustración. Centró su vista en ese hijo de puta del asistente del juez, que sonreía con alivio pintado en el rostro. Maldito desgraciado, fue lo último coherente que pensó Aspar antes de lanzarse hacia adelante en un vano intento por alcanzarlo.

Sucedió rápido. No alcanzó a dar ni dos pasos cuando sintió una fuerte descarga eléctrica bajo la mandíbula. Luego vio cómo el piso alfombrado viajaba a toda velocidad hacia él. Esos fueron los últimos recuerdos de aquella fatídica jornada que le cambiaría la vida para siempre.

Primera Parte

1

Prisión federal de la ciudad de Acrium.

No había dormido más de cinco horas durante las últimas tres noches. Los rostros del maldito juez y su asistente, además del de su madre, eran lo único que era capaz de proyectar su mente. Rabia, miedo y tristeza eran los sentimientos que lo embargaban. Algún día volvería de donde quiera que lo fuesen a enviar y se vengaría. Mataría a ese juez corrupto que lo había condenado a la esclavitud por haber robado una maldita caja de cigarros. Y todo por un «decreto federal». Malditos federales con sus leyes. No sabían nada de Minora y de Sandrium en general, pero ahí estaban siempre para cobrar impuestos, hacer valer la ley sobre los más pobres y llevarse los recursos naturales extraídos hacia otros sistemas con planetas industriales.

El aire comprimido del sistema de la puerta de acero de la celda emitió un ruido al accionarse. Aspar estaba despierto, pero mantenía los ojos cerrados. Sin ventanas o iluminación artificial, la pequeña habitación que compartía con más de treinta reclusos no ofrecía nada a la vista. Hecho un ovillo en un rincón, trató de ignorar lo que fuese que iban a hacer los guardias que entraban. Sus botas pesadas contra el suelo de concreto los delataba.

De pronto se accionaron luces que hasta entonces jamás habían sido utilizadas. El blanco cegador fue demasiado para los párpados de Aspar, que tuvo que protegerse con el antebrazo.

—¡Escuchen, pedazos de mierda! —se oyó la voz de uno de los guardias entre los murmullos de los reos—. ¡Tengo plenos poderes para lidiar con ustedes de la forma que quiera, por lo que les pediré una sola vez que colaboren! ¡Su integridad física depende de ustedes! ¡Ahora: con el pecho al suelo y manos sobre la espalda!

En ese punto Aspar ya había abierto los ojos para ver qué sucedía. Rodó sobre sí, quedando sobre su pecho, se llevó las manos a la espalda y las cruzó a la espera de que lo esposaran.

Las botas militares de los guardias recorrían la celda con celeridad a través de los espacios libres que quedaban entre los reclusos, a los que iban esposando. Aspar tenía la mejilla izquierda contra el frío suelo de concreto. Así sería su vida de ahí en adelante.

De pronto su campo de visión fue ocupado por un par de botas negras y sintió el pinchazo, esa leve pero constante carga de corriente alrededor de las muñecas, y mucha presión. Le habían puesto el cable de contención energética.

—¡Vamos, de pie! —bramó el oficial de los guardias—. ¡Bien! ¡Así no tendremos que usar la violencia! ¿Lo ven?

Condujeron a los reos hasta formar una fila. Había un guardia para cada recluso, lo cual a Aspar le parecía algo exagerado. Avanzaron por los oscuros pasillos de concreto de la prisión, con sus numerosas puertas de acero, cada una con un número grabado en el centro y un lector de rasgos faciales, a un costado, que brillaba con luz tenue. Quizás cuántos pobres desgraciados había detrás de esos muros.

Los reclusos fueron introducidos en grupos distintos en dos de los ascensores en que convergían los distintos pasillos del nivel, y descendieron unos cuantos pisos para salir hacia otro oscuro callejón de concreto, por el que fueron conducidos en conjunto. Llegaron a una amplia cámara de suelo y paredes de baldosa blanca y techo de concreto, en la que Aspar jamás había estado. No le costó mucho darse cuenta de que se encontraba en una gran sala de baño.

—Esto es lo que sucederá ahora —habló el oficial de los guardias—: desde el ejército nos han pedido que los limpiemos antes de enviárselos. Demasiado refinados para mi gusto, pero, en fin, órdenes son órdenes. Ahora van a quitarles los cables de contención y van a sacarse los overoles, o sea, todo lo que lleven encima, ¿entendido? —La respuesta fue un silencio sepulcral por parte de los reclusos—. Bien, compórtense para que terminemos rápido con esto.

Algunos guardias se introdujeron en el grupo de reclusos y fueron desactivando los cables de contención energética. Aspar se sintió aliviado cuando se las arrancaron de un tirón; se frotó de forma instintiva sus muñecas. Entonces comenzó a observar lo que hacía el resto: nadie se atrevía a comenzar a desvestirse, considerando que el grupo era mixto. A Aspar solo lo habían visto desnudo dos mujeres en toda su vida:

su madre —de eso hacía años— y Zara, una chica con la que había tenido un amorío el año pasado. No le hacía ninguna gracia tener que desnudarse frente a toda esa gente.

—¡Me están haciendo perder el tiempo! —exclamó el oficial—. ¡No me hagan repetirlo: quítense los overoles!

Esta vez los reclusos comenzaron a desvestirse con lentitud. A Aspar no le quedó más opción que actuar como el resto y descorrer el cierre del overol. Entonces lo dejó caer y rápidamente se cubrió la entrepierna con las manos. Listo, ya estaba. Ahora solo le quedaba quitarse las zapatillas de goma, lo cual hizo torpemente con los pies. Al menos las demás personas estaban en la misma situación que él. Trató de evitar con la mirada otros cuerpos, pero dondequiera que centraba la vista se topaba con las distintas tonalidades de la piel humana.

Cuando todos estuvieron desnudos, algunos guardias pasaron retirando tanto los overoles como las zapatillas de goma y se alejaron. Entonces se activaron las duchas. Los músculos de Aspar se tensaron al sentir el contacto del agua helada sobre la piel, pero trató de disimular.

El baño duró menos de dos minutos, si bien eso fue suficiente para que sintiera frío hasta los huesos. A su derecha, una mujer de piel morena con largas rastas color azul tiritaba de forma frenética.

—¿Qué miras? —espetó ella en voz baja. Aspar, silencioso, se limitó a mirarse los pies.

El mismo proceso de echarse al suelo para ser maniatados con los cables de contención se repitió, solo que esta vez, para consternación de muchos, salieron desnudos de la sala sin posibilidad de cubrirse con los brazos. Volvieron a separarlos en dos grupos para hacerlos subir un par de pisos en el ascensor. Más pasillos oscuros y puertas de acero hasta que se detuvieron frente a una puerta que estaba abierta. La luz del interior se desparramaba hacia afuera, iluminando el pasillo de concreto. Fueron formados en una fila y, poco a poco, se los fue haciendo entrar. Pasaban algo así como cinco minutos entre que entraba un recluso y que lo hacía después otro. Ninguno volvía a salir. En la tranquilidad de la espera, el frío comenzaba a hacerse insoportable.

Cuando a Aspar le tocó el turno de entrar, fue arrastrado desde el cuello por uno de los guardias. Dentro, sus ojos tu-

vieron que acostumbrarse un poco a la intensidad de la luz. La sala era limpia y estaba conformada por unas cuantas camillas, algunos separadores de ambientes y una gran cantidad de monitores y hologramas que flotaban sobre equipos médicos. A todas luces, se trataba de la enfermería de la prisión.

En un costado, junto a una camilla, había tres doctores con batas quirúrgicas y mascarillas. Lo primero que hizo el guardia fue quitarle el cable de contención energética. Luego lo hicieron subirse a una pequeña plataforma de metal, la cual arrojó resultados en una proyección holográfica que estaba a la altura de los rostros de los médicos. Un metro setenta y ocho centímetros de altura; sesenta y seis kilogramos de peso.

—¿Qué edad tienes, muchacho? —preguntó una de las doctoras.

—Dieciocho años —respondió Aspar, en voz baja.

La doctora digitó en un teclado holográfico que flotaba frente a ella y los datos aparecieron en la proyección que observaban los demás.

—Ahora, súbete aquí, por favor —indicó otro doctor.

Aspar así lo hizo y se subió a otra plataforma metálica, la cual era circular y tenía dos antenas blancas a cada costado, las que llegaban hasta otra placa metálica que se encontraba en el techo. Pequeñas luces rojas en la cara interior de las antenas se prendieron cuando estas comenzaron a girar con lentitud. Dieron unas diez vueltas en torno a Aspar, mientras una representación de su cuerpo se iba dibujando en la proyección holográfica.

La imagen se dividió en cuatro, mostrando distintas capas del cuerpo de Aspar. Estructura ósea, órganos, músculos y tejidos blandos, así como el cuerpo en su conjunto.

—Está limpio —dijo el tercer doctor. La doctora lo escribió en su teclado.

—Vuelve a la camilla —pidió el segundo doctor.

Mientras Aspar se sentaba, los doctores comenzaron a preparar una jeringa que iba conectada a una bolsa con un extraño suero color rosa.

—¿Qué es eso? —preguntó Aspar.

—Líquido rastreador —respondió la doctora, en tanto le limpiaba la piel del brazo izquierdo con povidona—. No te hará daño.

Las palabras de la doctora no calmaron a Aspar. Le iban a inyectar un líquido con el que iban a tenerlo controlado en todo momento. Entonces pensó en su madre y lo embargó la melancolía. Pobre de ella, debía de estar tanto o más asustada que él, sin saber qué le había pasado. ¿Alguien la habría informado de su paradero? Aspar lo dudaba.

El leve dolor del pinchazo fue suficiente para devolverlo a la realidad. La jeringa estaba clavada bajo su hombro izquierdo y el doctor empujó el émbolo, metiéndole ese líquido color rosa en su cuerpo. Aspar lo vio en cámara lenta.

—Estamos listos —anunció uno de los doctores, al tiempo que le entregaba una bolsa transparente a Aspar—. Puedes vestirte.

Dentro de la bolsa había un par de botas cortas de color negro, ropa interior y un traje gris oscuro de una sola pieza, muy ajustado a la piel pero bastante cómodo al tacto.

Cuando terminó de vestirse, el guardia le dobló con fuerza los brazos para llevarle las manos a la espalda y colocarle el cable de contención energética. Aspar no se resistió en lo más mínimo. Se sentía derrotado y la idea de su madre sufriendo, sin saber qué había sido de él, lo carcomía por dentro.

—Vamos, muévete —dijo el guardia, mientras volvía a tironearlo.

Aspar pasó las siguientes horas dentro de un pequeño carro terrestre blindado junto a unos seis reclusos más y unos cuantos guardias. Era difícil discernir algo en esa completa oscuridad, considerando además que el único ruido era el producido por las orugas de metal contra el concreto al avanzar.

Cuando se detuvieron, fueron bajados a un espacio abierto lleno de enormes contenedores de metal de diversos colores, unos encima de otros, llegando a formar verdaderas torres de varios metros de altura. Una enorme grúa se alzaba sobre los contenedores y bodegas, y las aves marinas, pequeñas manchas oscuras en el cielo gris, pululaban alrededor mientras graznaban.

El pequeño carro blindado en que fue transportado el grupo de Aspar no era el único, y pronto llegaron a ser cinco los

que se estacionaron de forma desordenada en la explanada de concreto. Una vez que hubieron agrupado a los reclusos, ahora vestidos en sus ajustados trajes gris oscuro, los guardias los escoltaron a través de los pasillos que se formaban entre los contenedores. Pronto salieron hacia un nuevo espacio abierto, dominado por la grúa, que superaba los trescientos metros de altura y que se hallaba coronada por un gran puesto de control desde el que se observaba toda la bahía en que se emplazaba Acrium. Hacia el sur, un enorme muelle se internaba en el mar hasta perderse en la bruma. La proa de una embarcación gigante, al costado izquierdo del muelle, se dejaba entrever a través de la neblina. Aspar lo reconoció al instante: era el Kazán, uno de los cuatro barcos de carga intercontinentales que poseía la Federación en Sandrium. Los intercontinentales eran famosos por su gran tamaño. Con un casco compuesto de planchas de acero azul oscuro y con forma redonda, era fácil confundirlo con un submarino salvo por su porte: los tres mástiles de cubierta tenían unas velas plegadas que se alzaban más de cien metros sobre el aire, y las torres de control, cerca de popa, eran verdaderos edificios de acero que sobrepasaban los mástiles en altura y que terminaban en techos esféricos que albergaban antenas y radares. Aspar lo había visto muchas veces acercarse al puerto desde el sur, cuando iba junto a sus amigos a los montes que se elevaban al noroeste de la ciudad. Sabía que era grande, eso lo notaba cualquiera desde la distancia, pero ahora, tan cerca de ese casco con forma cilíndrica, estaba impresionado. Una verdadera ciudad flotante, se dijo para sí mismo.

Los reclusos fueron conducidos por el muelle, mientras desde la dirección contraria venía una pequeña comitiva compuesta por lo que resultaron ser cinco soldados y el aparente oficial. Iban con trajes militares: camisas de alta resistencia color azul con manchas de un azul más oscuro y negro, así como pantalones con el mismo diseño. Los cinco soldados llevaban ametralladoras láser entre los brazos y gorras con viseras que hacían juego con sus uniformes. El oficial se distinguía por no llevar gorra, revelando su cabello rubio al rape.

—Treinta y tres guardias penitenciarios para treinta y dos reclusos. Vaya, deben de ser cosa seria —dijo el oficial del

ejército, a modo de saludo, cuando se encontraron. El sarcasmo era evidente en su tono.

El oficial de la guardia de la prisión federal se adelantó unos pasos y escupió. Nunca le habían gustado los soldados de la Federación. Todo el alto mando era extranjero, de sistemas lejanos, y muy despectivo hacia los minoranos. En cambio, los soldados rasos… La gran mayoría eran de la misma Minora y, en su opinión, perros vendidos, simples mercenarios. Pero tenía que tragarse su orgullo. Ese oficial del ejército podía hacerle perder su puesto con un simple llamado.

—Mi trabajo era entregar a estos reclusos sanos y salvos. Aquí los tiene.

—Comprendo —respondió el oficial del ejército—. Gracias por sus diligencias, de ahora en adelante nosotros nos hacemos cargo.

—¿Estás seguro? Si nos vamos ahora, tendremos que quitarles los cables de contención aquí en el muelle. ¿Podrán tus cinco soldados contra todos ellos?

—Le agradezco su preocupación, oficial, pero estos de aquí son verdaderos guerreros. No serán problema.

Esta vez todos los guardias del sistema penitenciario sintieron la afrenta, pero también eran conscientes del poder que podía llegar a tener un oficial de la Federación, por insignificante que fuese, cuando se trataba de Minora. Ninguno respondió.

No hubo problemas en el resto del trayecto por el muelle. Los reclusos fueron conducidos a la cubierta del barco, la cual era tan grande que, aun estando sobre ella, sus extremos no se veían a causa de la niebla. Lo mismo sucedía con las torres de control, que se perdían en las alturas. Antes de internarse por una escotilla en el sector de la proa, Aspar miró una última vez en dirección a Acrium. La niebla entorpecía la visión, por lo que, salvo los contenedores de diversos colores y la base de la grúa que dominaba el puerto, no pudo ver nada. Sin embargo, él sabía que Acrium, su ciudad, estaba ahí. Nadie podía hablar maravillas de Acrium, la capital de Minora. Era una ciudad pequeña para los estándares de la Federación de las Naciones Humanas, con casi doscientos mil habitantes —la gran mayoría, pobres pescadores y agricultores—, compuesta por casas de madera procesada y placas de diversos

materiales, desde el plástico al acero oxidado de algún barco desguazado en los astilleros al oeste de la ciudad, y dominada por las superestructuras del puerto y los edificios del distrito financiero: esos rascacielos forrados de vidrio polarizado, entre los cuales pasaban desperdigados en cientos de direcciones y niveles los carriles de neón de diversos colores que indicaban las rutas a seguir para los automóviles voladores. Y, más hacia el norte, los montes de tierra gris como la ceniza, manchados por una que otra copa de árbol de un verde intenso. Sí, Acrium no tenía nada de impresionante, pero era su lugar, y Aspar lo iba a echar mucho de menos. Su cerebro proyectó una última imagen de sus amigos y de su querida madre antes de internarse por la escotilla.

En el interior fueron conducidos por una serie de pasillos de acero bastante estrechos, con sus techos cubiertos de tuberías de acero de distintos tamaños. Considerando la inmensidad del buque, a Aspar lo sorprendió que dentro hubiera tan poco espacio para la tripulación. Avanzaron por varios de esos pasillos y escaleras bien inclinadas, hasta llegar a una cámara en que había numerosas sillas dispuestas en dirección a una pantalla que cubría uno de los muros casi por completo. Se les ordenó sentarse, pero nadie les dijo dónde ni los amenazó o golpeó. Los soldados no parecían muy atentos más que para custodiar la puerta, que se encontraba abierta.

Un oficial de cabello corto y canoso entró y se posicionó delante de la pantalla. Lo escoltaba otro oficial, que iba desarmado y que se situó detrás de él con las manos cruzadas en la espalda. No parecía sentirse amenazado en lo más mínimo por encontrarse en amplia desventaja numérica frente a treinta y dos prisioneros que no estaban inmovilizados de ninguna forma.

—Señores, señoras —comenzó a hablar el oficial mayor—. Soy el capitán de navío Marcus Grey. Les doy de forma oficial la bienvenida al Kazán. Estoy encargado de la seguridad de ustedes durante las próximas cinco semanas. Patrick, por favor —dijo al oficial que lo escoltaba, quien encendió la pantalla con un pequeño control remoto.

Se proyectó la imagen de un mapa que demarcaba la diminuta Minora en el extremo norte, esa pequeña isla con forma ovalada y de costas irregulares, y, a una distancia considerable hacia abajo, casi en la esquina inferior izquierda del

muro, la gran Larisia. Entre ambos continentes, además, esa masa oscura que era el turbulento océano de Maltar. El mapa geográfico mostraba las tierras y cordilleras color ceniza de Minora, así como sus bosques del interior y sus ríos. Larisia, en cambio, era un continente enorme, conformado por una gran masa de tierra que se estiraba de este a oeste, con tres grandes brazos de tierra —cada uno tan grande como para albergar diez veces a Minora— que se alzaban de forma paralela en dirección al noreste, como si de una garra animal se tratase. Cada uno de esos brazos de tierra estaba cubierto de vegetación y montañas verdes, pero, hacia el sur, la parte central del continente que se extendía de este a oeste estaba oscura.

—Lo primero —continuó el capitán—: sus penas han sido permutadas por trabajo forzoso en el puerto espacial de Larisia. Es una condena de cinco años para cada uno de ustedes, con opciones a beneficios en caso de buen desempeño, de modo que siguen siendo prisioneros. Yo lo lamento por la Federación, pero este es mi barco, y no gobierno sobre gente privada de libertad, por lo que, como quizás ya lo han notado, serán tratados como personas libres durante la travesía. Eso no quiere decir que vayan a estar exentos de tareas o ajenos a mi autoridad. Serán tratados como siempre he tratado a mi tripulación, y mi tripulación no me da problemas. Después de esta pequeña conferencia, pasarán a ser calificados y, según sus aptitudes, se les dará un trabajo, el cual deberán cumplir con cuidado durante el tiempo que estén a bordo. El Kazán no lleva polizones. ¿Entendido? —Sus palabras fueron recibidas con una aprobación tímida pero general por parte de los nuevos tripulantes—. Bien. Ahora el contramaestre Patrick Bermúdez tomará la palabra.

—Gracias, capitán. Lo que tienen ante ustedes es un mapa de la parte iluminada de Sandrium. Esto que ven aquí —dijo el contramaestre, mientras apuntaba con un láser a la esquina inferior izquierda de la pantalla— es la parte oscura de Larisia. De ahí hacia abajo no hay nada que mostrar, pues nuestros drones y robots no han encontrado más que capas de hielo y algunas islas insignificantes. De todas formas, como sabrán, no hay vida en la cara oscura de Sandrium, por lo que no hay de qué preocuparse, aunque sí debo advertirles que si por algún azar de la vida van a parar a alguna de las

colonias del extremo sur, conocerán lo que es la oscuridad de la noche: todo un espectáculo para gente como ustedes.

—El viaje —continuó el contramaestre, luego de tomarse un momento—, como bien ha dicho el capitán, tendrá una duración aproximada de cuarenta días, y cubriremos once mil doscientos kilómetros hasta llegar a Ciudad Puerto. Contamos con los vientos a favor de la época, que van en dirección norte–sur, por lo que pueden considerarse afortunados, ya que eso es lo más rápido que se puede llegar a Larisia por mar. De todas formas será una travesía difícil. A medio camino, en torno al paralelo setenta y dos, cruzaremos por una zona conocida como el Paso de Aníbal, donde nos enfrentaremos a tormentas nucleares y a olas de hasta setenta metros de altura. A partir de ahí, el océano no dejará de acosarnos hasta que encontremos refugio en los mares del norte de Larisia, los cuales están infestados de piratas. El Kazán está preparado para enfrentar cualquier tipo de amenazas, pero en última instancia dependerá de ustedes sobrevivir. Les aconsejo tomar en serio el entrenamiento, el cual comenzará hoy mismo.

2

En el extremo sur de la Garra Mayor, continente de Larisia.

Minerva caminaba sobre la cubierta del Ion, desde la proa en dirección a popa, junto a Ator Félix, el comandante supremo de la Guardia Revolucionaria, la organización paramilitar que llevaba más de dos décadas luchando contra la Federación de las Naciones Humanas por el control de Sandrium.

A sus veintinueve años, haber sido nombrada capitana del Ion, el único submarino que poseía la flota de la Guardia y en ese momento su arma más letal, era un gran logro para una persona como Minerva. Sus padres habían muerto en un supuesto accidente de tránsito cuando tenía solo nueve años —si bien ella sabía que esa no era la historia real— y desde entonces había vivido en los distintos cuarteles que tenía la Guardia a lo largo y ancho de Larisia, siempre acompañando a Ator Félix, quien las había adoptado a ella y a su hermana Ana.

Minerva era una mujer esbelta, de piel morena y cabello oscuro y ondulado. Su nariz era fina y puntiaguda; sus ojos, grandes y oscuros; sus labios, pequeños pero carnosos. Nada en sus rasgos podía hacer que alguien la relacionara con Ator Félix, que era casi calvo y canoso, de nariz aguileña y pronunciada, ojo izquierdo biónico —había perdido el original gracias a una granada de plasma que le había deshecho gran parte del rostro— y mentón escondido y mal afeitado, pero aun así todos la reconocían como su hija.

Frente a ellos se alzaba la cúpula de vidrio donde se encontraba la cámara de mando, más cerca de la popa que de la proa. El Ion era un submarino clase U-200, robado al ejército de la Federación en la que había sido la mayor operación logística de la Guardia desde su fundación. Su doble casco de titanio era de un pálido color gris y tenía forma de un torpedo achatado, de modo que era más ancho que alto. En su popa, la estructura daba forma a dos cilindros apenas unidos entre sí de cinco metros de largo cada uno: eran los propulsores de plasma que impulsaban el submarino. Por supuesto, para los estándares del ejército de la Federación, los modelos clase U-200 eran anticuados y tener que enfrentarse a uno